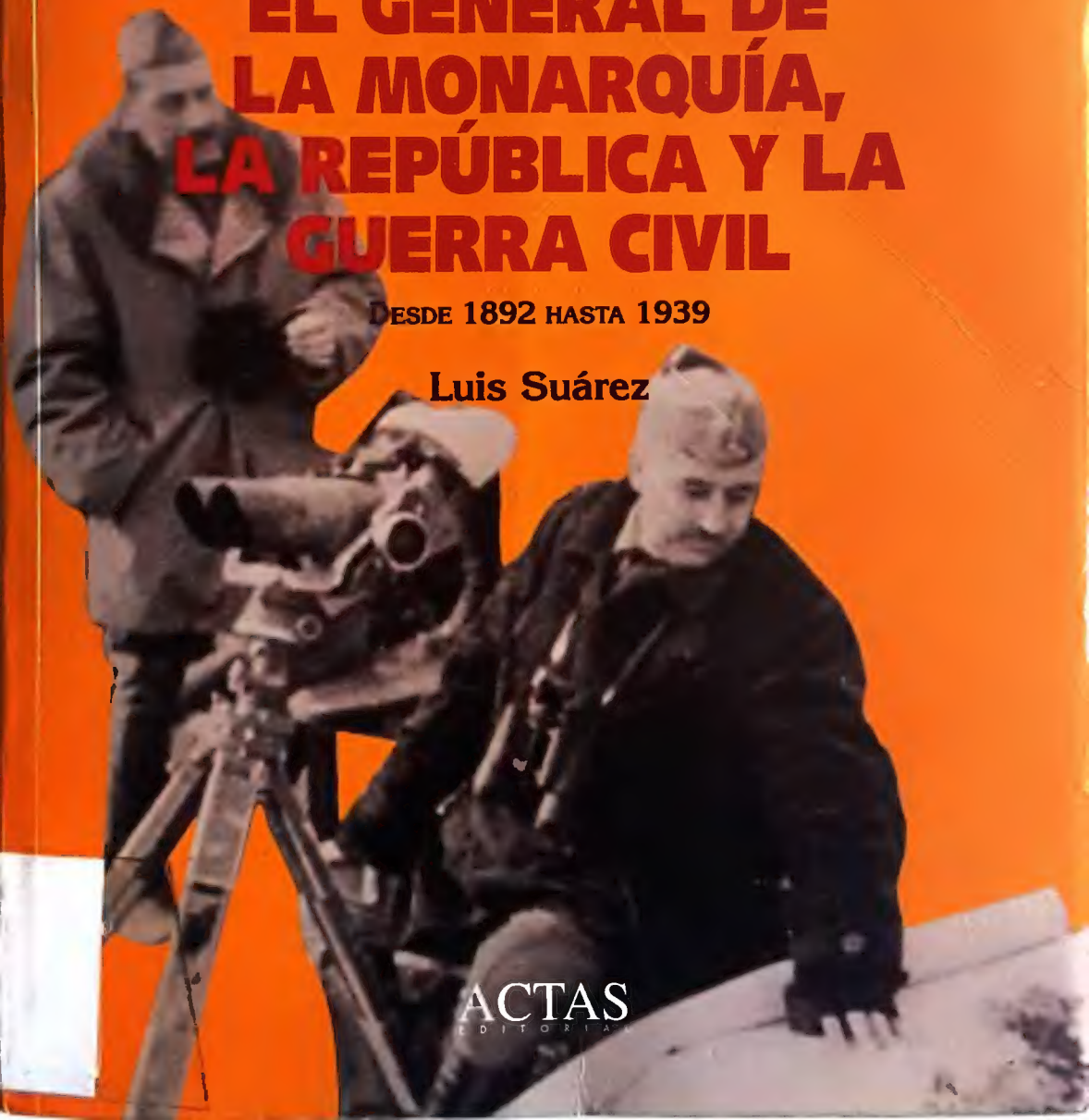
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 11

REORGANIZAR EL EJÉRCITO.

I. LA EVOLUCIÓN FALANGISTA.

1. En 1934 las relaciones entre el Gobierno de la República española y el III Reich eran definidas, por ambas Embajadas, en Madrid y Berlín, como muy amistosas y en curso de mejora. Los acontecimientos de aquel año, que reforzaron el poder de Hitler, permitiéndole prescindir de los extremistas de su propio partido, actuaron como factor tranquilizante para los partidos de la derecha, que creyeron, durante cierto tiempo, que la decidida actitud anticomunista convertía a los nazis en uno de los suyos. Había otra razón para que el Gobierno español buscase este acercamiento: tras la experiencia vivida en octubre había necesidad de reorganizar y rearmar el Ejército y la industria alemana de guerra ofrecía mayores ventajas que los tradicionales mercados francés y británico. También se iniciaron contactos con Estados Unidos, en este caso para la compra de aviones. Las razones que los militares españoles aducían eran de dos clases: comenzaban a detectarse peligros en Europa, especialmente en el Mediterráneo, y la reciente campaña de Asturias había revelado el deterioro profundo de las fuerzas armadas. En los informes del embajador alemán, conde de Welczeck, que recomendaban atención a los pedidos, se atribuía el rearme a necesidades de orden interno.[1]

Muy distinta era la actitud de Falange Española. En 1941, cuando más fuerte se mostraba en España la tendencia pro-nazi, en especial entre los falangistas, Felipe Ximénez de Sandoval reveló que José Antonio había vuelto de Alemania profundamente decepcionado: el neopaganismo materialista allí dominante pugnaba con sus más íntimas convicciones. Falange, que había sufrido ya cinco muertos en la revolución de octubre, pugnaba por encontrar un camino propio.[2] No quería instalarse en la derecha ni menos subsumir a Falange en un bloque. Cuando Calvo Sotelo habló en Jaén de la necesidad de unir la CEDA, Renovación Española y Falange, Primo de Rivera contestó con una absoluta negativa –no estaba conforme con casi ninguna de las medidas de contrarreforma económica que desde el Gobierno se preconizaban ni menos con el liderazgo de Gil Robles– y decidió crear una Junta Polí-

tica, presidida por Ramiro Ledesma, a fin de fijar el ideario y enriquecerlo. El primer resultado de esta postura fue la publicación de los 27 puntos de Falange.

En uno de ellos, el 25, se hacía la afirmación de que «toda reconstrucción de España ha de tener un sentido católico» aunque se hacia a continuación la advertencia de que la Iglesia no debía intervenir en los asuntos temporales como el Estado no tiene derecho a inmiscuirse en los de la Iglesia. Esta afirmación molestaba a Gil Robles que en las Cortes sostuviera que «Falange no es católica». El líder de la CEDA tenía razón pues José Antonio no pretendía crear un movimiento «católico» sino explicar cómo la esencialidad católica de la nación española obligaba a plantearse cualquier clase de reforma política y social dentro y no fuera del catolicismo. Entre los primeros falangistas se contaban dos sacerdotes, Manuel Gutiérrez en Oviedo y Fermín Izurdiaga en Pamplona. También insistió José Antonio: la Falange «no es fascista».[3]

2. Fueron, para el incipiente movimiento falangista, momentos de especial dureza. El marqués de la Eliseda lo abandonó porque no era suficientemente tradicionalista. Calvo Sotelo no fue aceptado y la derecha retiró sus ayudas.[4] Se habían consumado a finales de 1934 dos rupturas muy significativas: con la derecha, por una banda, y con los no católicos, por otra. No había dinero ni para pagar el recibo de la luz en los más que modestos locales que se utilizaban. Sin embargo el crecimiento de afiliados fue muy rápido en los últimos meses de 1935: por vez primera se superó el número de 5.000. Entre ellos abundaban obreros, estudiantes y campesinos, esto es, la clientela que la izquierda consideraba suya.

Pero esta evolución, hacia el catolicismo en su sentido nacional, molestó a los viejos jonsistas. Ramiro Ledesma Ramos desde la presidencia de la Junta Política, intentó una especie de golpe de Estado, desplazando a José Antonio de la dirección del movimiento, pero Onésimo Redondo no le siguió. El 16 de enero de 1935 Ramiro Ledesma fue expulsado y aunque intentó dirigirse a sus bases, en un intento para restablecer las antiguas JONS, no pudo conseguirlo. Se retiró de la política, volviendo a su puesto en la Administración de Correos, lo que no le libraría de figurar en la lista de asesinados en Aravaca en octubre de 1936.

Ahora José Antonio aparecía como único jefe y podía comenzar a perfilar su movimiento, minoritario siempre, pero en crecimiento, contrario a todo lo que supusiera «instinto racial» o nazismo, a cuyos miembros llegó a calificar de «deprimentes, rencorosos y divididos». Aunque el número de miembros de Falange aumentó más que los de ningún otro partido –diez mil afiliados y otros tantos estudiantes sindicados, en su mayoría sin voto, se contaban a principios de 1936– no estaba todavía en condiciones de enfrentarse a un proceso electoral. No quedaba, pues, otra alternativa que la de trabajar con entusiasmo en la definición de una doctrina. Hay algo de dramático en él: enemigo de la violencia y de los gritos de «muera» o de «anti», se vio arrastrado a la violencia y pudo ser presentado por sus adversarios como un agresor.

Primo de Rivera rechazó el socialismo con mucho énfasis, incluso el nacional: se negó a concurrir a las reuniones de la Internacional fascista de Montreux. Creía que la revolución social imprescindible debía hacerse desde los principios de la ética cristiana y desde la pequeña propiedad, organizada para hacerla rentable, verdadero

antídoto del capitalismo. En esta misma línea también creía que la descentralización administrativa liberaría de los separatismos. Su partido=movimiento se distribuía en dos escalones: los miembros activos, casi todos jóvenes, formaban la primera línea, mientras que los cooperadores constituían la segunda. La dificultad mayor procedía de que la distancia existente entre el jefe nacional, cuyo pensamiento resulta aún de calidad sorprendente, y sus seguidores, era todavía extraordinariamente grande.

En Falange se profesaba verdadero odio al marxismo, pero no a los anarquistas; en 1935 hubo incluso un proyecto para atraer a sus filas o a su alianza al grupo de Ángel Pestaña, separado de la CNT. El proyecto no cuajó, como puede suponerse pero nunca fue olvidado del todo. Se volvería a él en 1945 y todavía años más tarde.

3. Después de octubre de 1934 José Antonio pensó que el peligro que España estaba corriendo era tan sumamente grave que sólo el Ejército podía salvarla: quisieran o no, los militares tendrían que tomar pronto una decisión. Los falangistas llegaron a celebrar una reunión en el parador de turismo de Gredos donde, con toda fantasía, se discutieron planes. Pero lo que a Primo de Rivera preocupaba más, siendo todavía diputado en las Cortes, era fijar la línea de su pensamiento, cosa que hizo sin mostrarse demasiado preocupado por la persecución creciente que los Gobiernos de centro derecha iban desatando contra aquella «molesta» Falange que escapaba a sus previsiones.

El 21 de marzo de 1935 salió a la calle el primer número del semanario *Arriba*. Aquel mismo día, repitiendo conceptos que vertía en el editorial del periódico, José Antonio se levantó a hablar en las Cortes. Dirigiéndose a los bancos de la izquierda les dijo, refiriéndose al 14 de abril: «en vez de aprovechar la coyuntura de unidad magnífica, la convertisteis en una política que nos dividió». «Por culpa vuestra –añadió– volvió España a manos de las viejas gentes reaccionarias, deseosas de escamotear la revolucion».[5] La expresión no podía ser más hiriente para la derecha.

El 19 de mayo del mismo año, hablando en una concentración de falangistas en el cine Madrid, fue todavía más lejos: invitó a sus seguidores a operar un distanciamiento de la que calificó de «derecha reaccionaria» reclamando para Falange el título de «izquierda nacional». Como muchas de las frases que componían el discurso pasaron luego a formar parte del ideario de Franco y fueron tópicamente repetidas por y ante dos generaciones de españoles, conviene que incluyamos, al menos, tres párrafos esenciales:

- «Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman a su Patria porque les gusta, la aman con una voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con una voluntad de perfección. Nosotros no amamos a esta ruina, a esta decadencia de nuestra España física de ahora. Nosotros amamos a la eterna e inconmovible metafísica de España».
- «Nuestro régimen... será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia sino empalmando con la España exacta, difícil y eterna que esconde la vena de la verdadera tradición española; y será social en lo profundo, sin demagogias porque no harán falta, pero implacablemente anticapitalista, implacablemente anticomunista. Ya veréis cómo rehacemos

la dignidad del hombre para, sobre ella, rehacer la dignidad de todas las instituciones que, juntas, componen la Patria».

– «La Falange sabe muy bien que España es varia, y eso no le importa. Justamente por eso ha tenido España, desde sus orígenes, vocación de Imperio. España es varia y es plural, pero sus pueblos varios, con sus lenguas, con sus usos, con sus características, están unidos irrevocablemente en una unidad de destino en lo universal».[6]

II. FRANCO, JEFE DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

1. La experiencia de octubre de 1934 había servido para revelar ciertas cosas, como la escasa eficiencia del Ejército y menor de la Marina: en los primeros meses de 1935 ésta recibió créditos para modernizar sus barcos, construir algunos nuevos y reforzar las defensas de Baleares y de las principales bases navales de la Península. La coalición de centro derecha, que ostentaba el poder aunque de manera muy inestable, contando con posibles repeticiones de golpes de fuerza como el recientemente superado, ponía toda su confianza en el Ejército: sin él, la República no sobreviviría. También se tenía la convicción de que las fuerzas estacionadas en Marruecos eran núcleo fundamental de dicho Ejército: de la eficiencia de éstas dependía el rendimiento del conjunto. Convicción que en julio de 1936 alcanzará su máxima resonancia.

Franco seguía siendo comandante militar de Baleares aunque no había vuelto a salir de Madrid, en donde esperaba las decisiones que acerca de su ulterior destino, en cuanto general de División, se tomasen. Lerroux pretendía enviarle como alto comisario a Marruecos, cargo considerado desde hacía años por el general como su máximo objetivo, pero ante la firme negativa del Presidente de la República, se conformó con otorgarle el mando de todas las fuerzas instaladas en el Protectorado (15 de febrero de 1935). Este nombramiento era una verdadera promoción. La intención era encomendarle la reorganización de aquellos regimientos, tabores y banderas. Fue emocionante, para él, su retorno a Ceuta.

El nombramiento formaba parte de un conjunto de disposiciones que promocionaban también a generales azañistas a las principales jefaturas de División, equivalentes a las actuales Capitanías Generales. A juzgar por las noticias de los periódicos, Franco fue recibido por los jefes y oficiales con gran alegría, sin duda porque su presencia era interpretada como anuncio de rectificaciones en muchos aspectos. También, acaso, por el alarde de catolicismo que significaba asistir los domingos a misa, siempre en la misma iglesia y a la misma hora para que todos lo supiesen, estimulando con ello el celo religioso de muchos jefes y oficiales.[7] Pero este destino duró apenas tres meses.

2. Mientras Franco se entregaba a las obligaciones de su cargo, que le mantenía en permanente contacto con el Gobierno de Madrid, este mismo Gobierno perdía los frutos de su victoria de octubre, sumiéndose en la debilidad. Lerroux, presionado por dos bandos, el de Alcalá Zamora empeñado en lograr el indulto para todos los comprometidos en la revolución de octubre, y el de los diputados de la CEDA que pedían castigos que indujeran a la sumisión, optó por una conducta de condescen-

dencia que sus enemigos calificaron de debilidad.[8] Nadie, por otra parte, parecía dispuesto a realizar las reformas económicas y sociales que se necesitaban para evitar nuevas explosiones de violencia como las pasadas: la derecha vio con claridad que necesitaba introducir un sistema de ayudas que garantizase a los numerosos parados un fondo de subsistencia y de llevar a cabo obras públicas para crear puestos de trabajo, pero carecía de recursos; en cuanto a la agricultura se conformó con dar marcha atrás a la reforma agraria, sin presentar la alternativa necesaria.[9] Los políticos de izquierda, antes calificados de sectarios, hacían ahora lo propio con sus enemigos.

Se libró una gran batalla, llena de apasionamiento, en torno a los indultos. Las equivocaciones cometidas al encarcelar a Azaña y a algunos otros que, como él, no podían ser acusados de participar en la rebelión, debilitaron al Gobierno. La izquierda montó una gran campaña para eximir de responsabilidades a Francisco Largo Caballero, verdadero dirigente de la revolución, y a Ramón González Peña, ejecutor armado del alzamiento. No se invocaban razones de clemencia sino simplemente de no culpabilidad: pero sí provocar un levantamiento armado contra el Gobierno de la República no podía ser imputado a delito, quería esto decir que no se reconocía la existencia de delito en la revolución y, consiguientemente, sí lo eran las acciones emprendidas para impedirla. En noviembre de 1934 así se expresó Fernando de los Ríos: violencias y crueldades eran imputables a las fuerzas de represión y no a los revolucionarios. Como el Presidente de la República y la mayor parte de sus ministros eran partidarios de una amplia amnistía, la CEDA no sólo vino a encontrarse sola sino envuelta en una propaganda desfavorable.

De este modo los socialistas y sus aliados políticos podrían enarbolar una bandera que resultó sumamente eficaz en las elecciones del 36: silenciando las violencias cometidas por los revolucionarios, que pertenecían a tiempo pasado, apelaron a los sentimientos de solidaridad y misericordia hacia los prisioneros, cuyos sufrimientos se mostraban bajo muy negras tintas. Uno de los carteles electorales más eficaces era el que presentaba un rostro angustiado tras las rejas con demanda de ayuda para libertarle. Se había perdido toda noción de equilibrio y objetividad: era bien claro que si los «suyos» llegaban al poder se encontrarían libres y sin cargos, de modo que el único defecto de que podía acusarse a la revolución de octubre era no haber triunfado. Quedaba abierta la puerta para un futuro de violencia en el que lo único que debía preocupar a los protagonistas era no ser derrotados. Cada bando además buscó su bestia negra: Ramón González Peña para la derecha, Lisardo Doval para la izquierda; la CEDA acabaría destituyendo a Doval, como dijimos, pero la izquierda nunca desamparó a González Peña ni reconoció sus faltas.

En Cataluña se organizó una amplia campaña para la recogida de firmas en solicitud de indulto general y sin excepciones para todos los condenados a muerte: firmó también este documento el cardenal arzobispo de Tarragona, Vidal y Barraquer, que año y medio más tarde estaría a punto de morir asesinado; algunos de los firmantes tuvieron menos suerte que él. El Gobierno pretendió que, en razón de ejemplaridad, algunas sentencias como la de Companys, que había hecho armas contra la unidad nacional, se ejecutasen, pero Alcalá Zamora, sin consultar a sus ministros, firmó el indulto. El 29 de marzo de 1935, con gran indignación de la CEDA, también González Peña fue indultado. Aunque siguiera existiendo sobre el papel, la coalición entre radicales y cedistas ya no existía.

El mayor error del Gobierno fue, sin duda, el cometido con Azaña. Como indicamos con anterioridad, don Manuel fue detenido en Barcelona el 9 de octubre de 1934, alojado en un barco de guerra y procesado. El 28 de diciembre del mismo año, el Tribunal Supremo –al que tenía directo derecho a acudir por haber sido presidente del Gobierno– declaró que el procesamiento era improcedente. El libro de Azaña, *Mi rebelión en Barcelona*, fue publicado por Espasa Calpe pocos meses después, y ayudó mucho al Frente Popular en la propaganda electoral inmediata. De hecho no existía el menor fundamento para acusarle de connivencia con los revolucionarios, antes al contrario, había intentado detener la rebelión. [10] La prensa de la derecha, en especial *ABC*, cargó las tintas contra Azaña, llegando incluso a desatarse insultos: con ello no consiguió otra cosa que impulsarle a radicalizar su postura, ofreciéndose al Frente Popular, con gran ventaja para éste.

3. A causa de los indultos arriba mencionados, los tres ministros de la CEDA renunciaron a sus carteras y el Gobierno hubo de dimitir. Alejandro Lerroux se sucedió a sí mismo al frente de un Gabinete compuesto exclusivamente por radicales que duró exactamente un mes, desde el 3 de abril al 3 de mayo de 1935. En pocas semanas, el ritmo de disolución se aceleró. Entonces Gil Robles se decidió a jugar una carta difícil: exigir que la firme unidad de la coalición se reflejara en la proporcionalidad de las responsabilidades; cada grupo tendría, en el Gobierno, el número de ministerios que le correspondiese en relación con su número de escaños. En este caso la CEDA contaría con cinco ministros. No reclamó, sin embargo, la presidencia del Gobierno a la que tenía derecho como jefe de la minoría más numerosa.[11]

En el Gobierno de mayo de 1935, Gil Robles pasó a ocupar la cartera de Guerra. Puede considerarse seguro que, siete meses después de la revolución de octubre, ante la ineficacia y debilidad de que daban muestra las instituciones republicanas, el jefe de la CEDA tenía el convencimiento de que era urgente reforzar el Ejército a fin de que estuviese preparado para una nueva ocasión revolucionaria que probablemente iba a presentarse. Sus enemigos formularon y siguen formulando la hipótesis de que pretendía disponer de un Ejército para un golpe de Estado. Pero cuanto Gil Robles dijo o escribió en estos días refleja otro estado de ánimo: en las próximas elecciones la CEDA iba a tener más votos que en 1933, lo que es cierto; fue la no abstención de la izquierda, unida al curioso sistema electoral de prima a las mayorías, lo que permitió el vuelco de la situación. Lo que el ministro verdaderamente creía era que el Gobierno precisaba de una fuerza preparada para resistir nuevos embates que sin duda habrían de producirse.

A este objeto, y también como medida precautoria ante la conflictiva situación internacional, se necesitaba un ejército pequeño, eficiente, muy moderno, tres condiciones que Azaña mismo fijara en 1931 sin llevarlas nunca a cabo. Inmediatamente después de posesionarse del cargo, Gil Robles reunió a todos los generales de División, entre los que se hallaba Franco, para solicitar un informe. La respuesta fue desoladora: el Ejército había sido efectivamente reducido como consecuencia de las medidas de Azaña, pero no se habían ido los jefes y oficiales menos útiles sino, a veces, los más capaces; en cuanto a eficacia y modernidad no se poseía ninguna. Por primera vez se habían distribuido cascos de acero con ocasión de las operaciones de Asturias y fue narrado el caso de un oficial muerto por negarse a utilizarlo porque lo con-

sideraba signo de poco valor. El armamento era escaso y de muy mala calidad. Entre los oficiales –manifestaron estos jefes– se hallaba muy extendida la conciencia desmoralizadora que los ascensos se lograban antes por el favor que por el mérito.

III. FRANCO, AL FRENTE DEL ESTADO MAYOR.

1. Muchas cosas se han dicho después, pero no resultan fiables porque se han escrito desde la singular perspectiva de que Franco ya era Jefe de Estado. Lo único que podemos retener como cierto es que Lerroux y Gil Robles estuvieron de acuerdo en que necesitaban al general al frente del Estado Mayor por la capacidad que todo el mundo le reconocía y que durante los diez meses en que ocupó el cargo habló poco de política, trabajó intensamente y se mostró contrario al empleo de la fuerza para resolver los conflictos. Alcalá Zamora refunfuñó cuanto pudo, pero accedió a firmar el nombramiento, de modo que Franco tomó posesión del cargo el 20 de mayo de 1935 haciendo, en su discurso, un gran elogio de Gil Robles. Durante este breve período de tiempo, Franco fue de modo oficial, el primero de los generales de la República, a la que intentó dotar de los medios necesarios para su estabilidad y defensa.

Las disposiciones por él adoptadas sirvieron en la Guerra Civil pero no únicamente a sus partidarios. Había vuelto a ser el perfecto organizador que empleaba jornadas larguísimas de trabajo, concluidas con mucha frecuencia a las once de la noche, sin más descanso que el de la tarde de los domingos porque en la mañana de éstos asistía, con su esposa, a la misa de diez en el Cristo de Ayala o en San Luis de los Franceses, y luego «se daba una vuelta» por el Ministerio al que llegaba a pie, pues en días festivos daba asueto al conductor de su coche oficial. La eficacia y sistematización de este trabajo no es discutida por nadie.[12]

Veamos las notas personales redactadas probablemente veinte años después.[13] Constituyen un testimonio de valor excepcional: lo que Franco creía que merecía ser recordado.

> «Cuando me encontraba más entusiasmado, visitando el territorio y organizando las fuerzas del territorio, un cambio en la política llevó al Ministerio del Ejército (sic) al señor Gil Robles que me requirió para desempeñar la Jefatura del Estado Mayor Central. Constituía (el ejército de Marruecos) el mando militar más importante del territorio por el número de sus fuerzas y la responsabilidad de su extenso territorio aunque la responsabilidad de su situación política competía el Alto Comisario, Sr. Rico Abello, un perfecto caballero, desconocedor de sus problemas pero con un buen deseo de acierto que no era poco entre aquellos primates republicanos. Era una buena persona, hombre oscuro hasta entonces, que por esos misterios que encierran las revoluciones se vio encumbrado, sin responsabilidades anteriores, a los primeros puestos de la nación; fue ministro de la Gobernación y Alto Comisario. En mi breve estancia me entendí con él perfectamente, era educado y considerado y atendía las observaciones que se le hacían».
>
> «General Jefe de Estado Mayor (labor) preparación de los mandos y de los depósitos en parques. Mola, general de las tropas de Marruecos. Yo enten-

dí que el cargo de Jefe de Estado Mayor de un Ejército encierra tal importancia y responsabilidad que creía debía ser desempeñado con un carácter más estable que el que ofrecía la situación política, y que si yo era designado por un Jefe de partido de derechas para aquel cargo, iba a ser flor de un día, pues en las pasiones políticas reinantes, bastaba que un hombre de partido señalase a una persona para un cargo para que los que lo sustituyesen lo relevasen por otro. De ello no se escapaban los altos cargos del Ejército. Muy poco era lo que yo podría hacer desde aquel cargo, así lo expresé al titular de Guerra, por creer era más importante para la nación el conservar el mando de Marruecos, dada (la) situación inestable de la nación; sin embargo era un soldado que iba donde se me creyese más apto. La insistencia ministerial decidió mi destino de Jefe de Estado Mayor del Ejército».

«El desempeño de este cargo durante meses me permitió vivir de cerca las incidencias de la política española en aquella etapa. La confianza con que el Ministro desde el primer día me distinguió y, pese a mi desgana hacia lo político, me ofreció ocasión para conocer las interioridades y debilidades de la política de partidos. El Gobierno de concentración, constituido por representantes de los partidos de centro y derecha era furiosamente combatido por las izquierdas que en sus campañas de prensa iban creando un morboso sentimentalismo popular a favor de los revolucionarios de Asturias, refugiados en el extranjero con el fruto de sus rapiñas».

«La falta de un partido compacto con mayoría en las Cortes obligaba a esos gobiernos híbridos de concentración sin unidad ni mutua confianza. Por otra parte los compromisos contraídos con las izquierdas por el Presidente de no dar el poder a la fracción más numerosa de la Cámara, no permitia otra solución que conllevar la existente. En estas condiciones pretendió el Sr. Gil Robles que le fuera otorgado el poder por el Presidente. Se provocó la crisis y tras laboriosos intentos fracasados por falta de apoyo de la fracción más numerosa se encargó del Gobierno con el decreto de disolución de las Cortes el Sr. Portela Valladares. Las intrigas presidenciales, los deseos de afirmar un partido centro-derecha como situación provisional que hiciese las elecciones. Política de restricciones de gastos. Reducción de personal en la Administración. Desfachatez».

«Durante el tiempo que duró mi presencia en el Estado Mayor Central del Ejército, puedo decir que dentro de las limitaciones en que la política nacional se desenvolvía, sentí todo el apoyo y confianza por parte del titular de la cartera de Guerra que en todo momento obró con rectitud y espíritu de justicia y que gracias a su comprensión pudimos mejorar nuestra situación militar y llevar un margen de confianza a nuestro Ejército. En este período se otorgaron los mandos que un día habían de ser los peones de la cruzada de liberación y se redistribuyeron las armas en forma que pudiesen responder a una emergencia».

2. ¿Hasta qué punto los cambios introducidos en el Ejército fueron debidos a Franco o a Gil Robles? He ahí una pregunta de difícil respuesta. El general no tuvo inconveniente en admitir mucho más tarde, cuando las relaciones entre ambos eran ya

muy malas, que el ministro había sido el mejor de que disfrutara el Ejército en mucho tiempo. Incluso enemigos de Franco, como Ansaldo, reconocen que fue una época en que las rivalidades políticas se amortiguaron porque la oficialidad se sintió bien mandada y los nombramientos no favorecieron, como sucediera durante el mandato de Azaña, a los de un sector concreto. Sería exagerado hablar de una depuración de azañistas –Lerroux no lo hubiera consentido– pero sí hubo una distribución más equilibrada de mandos entre jefes y oficiales de diversas tendencias. Conjugando los testimonios del propio Franco con los de otros contemporáneos podemos señalar tres principales sectores de atención:

Primero, el de cambio por parte de los que dominaban el Ministerio, enviados a otros destinos: Miaja, Villalba, Mangada, Riquelme, Hernández Saravia e Hidalgo de Cisneros fueron los principales afectados. Ramón Franco comenzó a perder sus revolucionarias inquietudes tratando de aproximarse a su hermano. En cambio Joaquín Fanjul pasó a ser subsecretario y Manuel Goded se encargo del mando de la Aviación: ambos llevaban tiempo conspirando sin eficacia. La designación más significativa fue sin duda la de Emilio Mola Vidal que salio de su ostracismo para ocuparse, con toda reserva, de preparar los planes para una eventual movilización general. Realizó esta tarea desde el propio Ministerio y luego fue enviado a mandar las tropas destacadas en Marruecos. Sabemos bien la importancia que Franco concedía a estas fuerzas.

Segundo, la devolución al Ejército de la confianza en sí mismo aumentando el aprecio hacia la preparación técnica y disminuyendo el papel de la política. Alcalá Zamora se quejó a Gil Robles de que estaba promoviendo a los «enemigos de la República» y recibió la respuesta de que se preocupaba de que fuesen los de mejor preparación técnica. Reaparecieron los tribunales de honor y el Consejo de Guerra como órgano de asesoramiento del ministro. Gil Robles ordenó realizar un balance de las situaciones personales para remediar las desigualdades existentes en cuanto a la remuneración. Quedaron sin cumplir al menos dos proyectos: la constitución de unidades especiales de voluntarios y el restablecimiento de la Academia General de Zaragoza.

Tercero, la modernización de las armas y del material. Como esto representaba desembolsos muy por encima de las cifras que el Gobierno podía asignar, hubo de proponerse un programa de ejecución lenta que permitiese repartir la carga en varios años. Los efectos de la nueva política se advirtieron enseguida pues los espectadores de la parada militar del 12 de octubre de 1935 – Fiesta de la Raza, según decreto de la República, pudieron comprobar que los soldados tenían cascos de acero, mejores fusiles, más disciplina. Los proyectos de Gil Robles, muy ambiciosos, incluían la modificación de la industria militar y la puesta en marcha de una fábrica de aviones en Guadalajara, medios ambos para proporcionar puestos de trabajo disminuyendo el paro, mejorar la tecnología española aplicable a otros ámbitos y evitar compras en el exterior.

En total el Gobierno aprobó una enorme suma de 1.100 millones para el Ejército y 400 para la Aviación, repartida en tres años, a fin de proporcionar a España las fuerzas armadas que necesitaba. No llegaría nunca a realizarse tal proyecto. En cambio sí pudo tomarse una precaución necesaria: la creación de la Comandancia militar de Asturias que fue encomendada al coronel Antonio Aranda. Cuando Gil Robles, acompañado de los generales Fanjul, Franco y Goded, al término de unas manio-

bras en aquella región, visitó la fábrica de armas de Trubia, los obreros organizaron un acto de protesta golpeando sus martillos a ritmo de solfa.

3. De su paso por el Estado Mayor, Franco recordaba otros aspectos que importan mucho para ulteriores consideraciones, la creación de una Sección Segunda para el servicio secreto –es simple traducción del Deuxième Bureau francés– y los contactos directos con la Unión Militar Española. Las simpatías por ésta y las reticencias hacia la UMRA no escapaban a nadie. Tenemos su propio testimonio:

> «La República, que había llegado sin la menor resistencia de las Fuerzas Armadas, que acataron y reconocieron el nuevo Régimen, fue enseguida el blanco del sectarismo de sus hombres políticos estimulados por las pasiones y rencores de unas docenas de militares apartados del Ejército por su incapacidad o sus vicios».[14] «Los fracasos que los intentos revolucionarios habían cosechado en los últimos años crearon sin duda un complejo de odio y de rencor contra los organismos que guardaban y defendían al Estado. Su expresión más elocuente la tuvo aquella frase de haber "triturado al Ejército" de que se jactaba en su vesania el sr. Azaña... ¡Desdichado! ¡Cómo si pudiese existir un Estado sin ejércitos que lo guarden! Las instituciones armadas poniendo a contribución su disciplina, sufrieron en silencio en las guarniciones, seguros de que había de imponerse la razón y el orden y que la incapacidad y crisis de los compañeros militares republicanos habían de labrar su propia ruina. Como pronto ocurrió... La indisciplina en el Ejército, la Legión, Juanito Mateo, la anarquía».
>
> «No se nos ocultaba a los que habíamos llorado sobre la Historia las desgracias patrias a lo que iba a conducirnos una República que llegaba a hombros de los resentidos, de los que habían buscado en las logias acogida para sus rencores. La primera República en España fue la de la anarquía de los cantonales, de la insubordinación en los cuarteles, la del "¡que baile!". El pueblo ansiaba una revolución que lo redimiese e iba a encontrarse con una farsa. La calidad de los ejércitos la reflejan sus cuerpos de oficiales, su patriotismo, su caballerosidad y espíritu de servicio (que) rechazan las intrigas y las ambiciones bastardas. Existían aún una unidad y comprensión en el Ejército sin necesidad de concertarse. Los superiores en condiciones normales centran esta unidad y confianza; pero en momentos como los de la República en que los mandos elegidos por la República polarizaban el descontento y la desconfianza, la oficialidad de los ejércitos se sentía descabezada ante la pendiente por la que la nación se despeñaba y buscaba en la unión la prevención ante lo que pudiera ser irreparable».
>
> «Así surgió la Unión Militar Española formada por núcleos sanos de todas las guarniciones que bajo la dirección natural de los Jefes más prestigiosos mantenían su contacto entre las guarniciones, manteniendo el buen espíritu de la oficialidad y formando un núcleo que cohibía el desenfreno de los tarados. Cuando fui designado para el Estado Mayor Central recibí de las principales guarniciones testimonios de fe y de confianza. El coronel Galarza en Madrid mantenía el enlace con todas las regiones y me tenía al tanto de un estado de

alerta. Esto me permitía mirar con alguna confianza el porvenir y saber que si algún día la vida de la nación peligraba, habría quienes sabrían defenderla».

«La UME movimiento espontáneo de unión del Ejército. Su alma y enlace central el coronel Galarza. Necesidad de dar unidad y cabeza al cuerpo de oficiales ante el peligro de la Patria. Marchaba al compás de la desesperación de España como reflejo de la sociedad. Se nutría de jefes y oficiales más competentes. La revolución de Asturias y Cataluña y lo que pudo pasar abrió los ojos de la oficialidad de los peligros que amenazaban. Necesidad de tomar contacto con el movimiento y evitar su desnaturalización y que cayese en malas manos y se desorientase. La consigna que di a ese movimiento era solamente patriótica: mantener la unidad de fe y el patriotismo del Ejército seguro que si llegaba la hora de peligro para la Patria no les haría falta el Jefe, pero lo que no se podía era inutilizar el Ejército y sus posibilidades futuras con conspiraciones de vía estrecha ni pronunciamientos militares tipo siglo pasado, que una revolución necesitaba estar justificada y ser respaldada por el pueblo. Que debíamos desear que la República superase sus dificultades».

Al final, esta contundente declaración: «Salvamos a la nación, y con ella a la República; pero ésta desconfiaba de nosotros. En ella no cabían las personas dignas».

Las razones que movieron a Franco a crear esa segunda sección del Estado Mayor fueron explicadas por él mismo como una consecuencia de la difícil situación personal en que había llegado a colocarse.

«Mi intervención desde el Ministerio de la Guerra en sofocar la insurrección de octubre de 1934 había trascendido a la opinión pública española y con más razón entre los elementos revolucionarios comunistas, considerándome como obstáculo para sus proyectos. La consecuencia natural eran sus proyectos para eliminarme. No había transcurrido mucho tiempo cuando un viejo compañero que desempeñaba funciones en la Dirección General de Seguridad me visitó para prevenirme que según informes que obraban en la Dirección General de Seguridad se había recibido una consigna comunista para eliminarme y que mi nombre figuraba entre otros varios en que figuraban Calvo Sotelo y otros jefes políticos de la derecha española. Se extrañó de que no se me hubiese prevenido oficialmente. La noticia no me sorprendió, pues desde la pendiente en que se deslizaba la República constituía parte del proceso revolucionario y ya vivía, en lo posible, prevenido. Al tomar posesión del Estado Mayor creamos, en la 2.ª Sección de los Estados Mayores la 2.ª Sección de Información anticomunista y contraespionaje».

«Los paisanos echaban cables al Ejército pretendiendo tomar contacto con los jefes y oficiales más distinguidos. Durante estos años de República fueron varias las veces que compañeros simplistas se acercaron a mí con ánimo de estimularme a poner coto a la marcha que la nación llevaba. Mi respuesta fue siempre la misma: el papel del Ejército es guardar su unidad y su disciplina, sirviendo lealmente y sin reservas al Estado, que si el Ejército sabe mantenerse así no ocurrirá nada irreparable... Si la República no es realizable, ella misma demostrará que es inviable, si alguien precipita antes de

tiempo su caída culpará a quienes lo hagan de su fracaso. Es el pueblo español el que ha de convencerse. Nuestro deseo debe ser que la República triunfe y llegue a hacer la felicidad del pueblo, sirviéndola sin reservas y si desgraciadamente no puede ser que no sea por nosotros».

«Acuerdo en la Dirección General de Seguridad de tener a nuestro servicio una docena de agentes complementarios, tenerles al tanto de lo que pudiera interesarles y si descubrían algo, ponerse a trabajar en contacto con la Dirección de Seguridad. Por ellos tuve conocimiento de determinada comida en que se trataba de comprometer a un distinguido jefe militar. Había sido espiado por un camarero al servicio de la policía que brindó a nuestro servicio, del que era doble agente, callarlo si así convenía al bien de España. Una llamada discreta de atención a aquel Jefe para que no se dejase envolver bastó para que fuese más prudente».

«En otra ocasión por boca del Ministro de la Gobernación se supo que un abogado P.R. también de la unión de oficiales era confidente del señor Ministro de la Gobernación, Portela Valladares, al que vendía por dinero sus confidencias, parte verdades pero la mayor parte inventada. Triunfante el Movimiento pretendió especular con sus movimientos conspiratorios».

4. En documentos no públicos se aludía a la necesidad de incrementar la capacidad defensiva española a causa del malestar reinante en el Mediterráneo. En setiembre de 1935 Mussolini comenzó la conquista de Abisinia. Era dudosa la actitud del Reino Unido: si se mostraba muy riguroso en sus exigencias de respeto a la independencia etíope podía surgir un conflicto en que directa o indirectamente pudiera España verse involucrada en cuanto que era miembro de la Sociedad de Naciones. Franco envió instrucciones concretas al gobernador militar de Algeciras para que informase de la situación en Gibraltar. El 26 de octubre de 1935 recibió una copiosa documentación con mapas, número de soldados, instructores británicos y hasta una lista de los diez mil españoles que trabajaban en Gibraltar.[15] Pinillos asistió como invitado a unas maniobras inglesas y supo que se estaban reforzando las guarniciones en Palestina y en Egipto y que existía preocupación por la vulnerabilidad de Malta en caso de un ataque italiano.[16] En diciembre la tensión prebélica había cesado pero se decidió mantener los contactos entre Algeciras y Gibraltar.[17] En aquellos momentos el Reino Unido era amigo de España.

El reequipamiento del Ejército español obligaba a tomar contacto con los grandes mercados de armas. Gil Robles no se conformó con los países que tradicionalmente las suministraban y buscó, como sus antecesores, una más estrecha relación con la industria alemana, valiéndose de Pedro Gandarias, el gran industrial bilbaíno que ya mantenía conversaciones sobre esta clase de asuntos con los servicios de inteligencia de la Marina, la Abwehr, porque en ella estaba Canaris, designado para dirigirla este mismo año 1935. Para el Gobierno alemán era una oportunidad de lograr beneficios y desde setiembre entabló negociaciones ofreciéndose a suministrar aviones Junker y Heinkel. Tales negociaciones no dieron resultados: la industria aeronáutica alemana no estaba aún en condiciones de proceder a entregas inmediatas de los aparatos. Otras conversaciones, no menos importantes, se orientaban a la compra de material y tecnología para la Artillería. Los trabajos estaban todavía sobre la mesa en el momento de

producirse el Alzamiento del 18 de julio.[18] Es un dato que conviene retener, puesto que tanto el Gobierno de Madrid como la Junta de Defensa constituida por los sublevados tratarían de aprovechar para sus compras los acuerdos previos.

5. Muchos de los proyectos de Gil Robles quedaron en el aire. En noviembre de 1935 pudo Franco entregar el estudio definitivo de las medidas necesarias para convertir al Ejército en fuerza operativa interior y exterior. Las aceleradas vicisitudes políticas no iban a dar tiempo ni siquiera para iniciarlo. Las opiniones contrarias a la CEDA calificaron de excesivos los gastos propuestos aunque gastar 360 millones anuales de un presupuesto de 4.500[19] no era mucho, máxime teniendo en cuenta los beneficios que, en orden a un desarrollo técnico, iban a lograrse.

Cuestión diferente era la de la oportunidad de todas estas reformas militares: el peso principal de las mismas parece haberse orientado a llegar a disponer de una aviación suficientemente fuerte y de una marina menos raquítica de la que entonces existía. De acuerdo con las inclinaciones de los historiadores y memorialistas podía interpretarse como designio de disponer de fuerzas en el interior o como preparativos para una difícil coyuntura exterior que ya empezaba a perfilarse. La República careció de cualquier clase de política exterior –no tuvo tiempo de perfilar ningún objetivo– pero había hecho retóricas declaraciones de pacifismo que, en 1931, sonaban todavía en la Europa del «espíritu de Locarno» bastante bien. La única intención de Azaña hacia fuera consistía en ayudar a quienes se proponían organizar movimientos contra Salazar en Portugal, de acuerdo con esa especie de principio que hace que los sistemas políticos peninsulares se relacionen entre sí. Desde luego la experiencia de octubre de 1934 y las amenazas de repetición del alzamiento que constantemente se oían eran suficiente justificación para el refuerzo de las fuerzas armadas en el interior.

En 1935 las perspectivas exteriores habían cambiado. Del «espíritu de Locarno» nada quedaba: Alemania se posesionaba del Sarre y ponía en marcha las leyes de Nürenberg mientras Italia invadía Abisinia. Si un conflicto llegara a producirse en el Mediterráneo resultaría difícil para España no verse involucrada en él –los precedentes de 1914 demostraban que de nada servían las declaraciones de neutralidad– y la mejor garantía podía ser que al eventual adversario resultara más costosa la guerra que la paz. De ahí que en los proyectos de Franco figurasen la fortificación de las islas mediterráneas y de la base de Cartagena, ademas de la creación de dos unidades móviles para la acción rápida, estacionadas respectivamente en el campo de Gibraltar y en la frontera de Portugal.

Ambos objetivos, el interior y el exterior, eran perfectamente compatibles.

IV. EL FIN DE LERROUX.

1. Los gobiernos de coalición presididos por Lerroux, que se sucedían rápidamente y que eran ahora una difícil amalgama de radicales, cedistas e independientes, entendiendo por tales los amigos personales de Alcalá Zamora que no dejaba de intervenir, eran demasiado frágiles. Las amenazas desde la izquierda crecían y, en ella, el prestigio de los comunistas. Stalin demostraba su voluntad de dominio, que ejercía, presi-

diendo en Moscú aquel verano el VII Congreso de la Komintern y, amparado en el asesinato de Kirov, ampliando las medidas de represión de la GPU. Ahora hasta un niño de doce años podía ser condenado a muerte en la URSS: pero esta sensación de poder incrementaba el número de adhesiones en el mundo. Stalin era considerado en estos años como el grande y fuerte capitán capaz de hacer triunfar la revolución universal. Para Gil Robles y los que pensaban como él, octubre de 1934 demostraba que España podía contarse entre los principales objetivos. El 19 de agosto de 1935 presentó al Consejo de Ministros el plan de movilización en que durante más de dos meses trabajara Emilio Mola en el mayor secreto; estaba destinado a permitir al Gobierno disponer de nuevos soldados con la mayor rapidez en caso necesario. Por estos días, según el testimonio posterior de Luis Carrero Blanco, el general Franco había tomado contacto con el almirante Salas, jefe de la Flota a fin de que se hicieran también en ella los estudios pertinentes para eliminar los defectos en la movilización que se habían advertido el año anterior. Mola, como dijimos, pasó a mandar las tropas estacionadas en Marruecos, que eran las más directamente operativas.

Aprovechando la breve pausa veraniega, el general fue a pasar unas semanas de descanso en Asturias, según tenía por costumbre; esto demuestra que, a su juicio, el trabajo que estaba realizando no era demasiado apremiante. Viajaba en su coche oficial el 22 de agosto, cuando sufrió un accidente que estuvo a punto de costarle la vida, pues el automóvil atropelló a dos ciclistas –de los que uno falleció– y dio luego una aparatosa vuelta de campana. Ni el conductor del vehículo ni el general sufrieron daños; doña Carmen tuvo que ser atendida de heridas leves.

Todos los personajes parecían ir situándose en el lugar de la escena en que habrían de actuar unos meses más tarde. En noviembre de 1935 Francisco Largo Caballero fue puesto en libertad: dijo que había tenido tiempo de meditar y estudiar, lo que le permitía disponer de mejores fundamentos para la comprensión del marxismo. Desde la URSS los dirigentes de la Komintern pasaron órdenes de que se le apoyara: es posible que creyesen que, como Santiago Carrillo haría, Largo Caballero acabaría pasándose al marxismo soviético. Los informes de la Entente Internationale que Franco recibía, así lo señalaban. De hecho el protagonismo de Largo y el apartamiento de Besteiro se hicieron definitivos. Indalecio Prieto se aproximó al que ya se conocía como «Lenin español» para no perder la influencia política de que disfrutaba.

Todos los grupos de la oposición, que tendían a confiscar el título de «republicanos», desde los radicales disidentes hasta los comunistas, consideraban a Manuel Azaña como la gran figura capaz de lograr la aglutinación de las tendencias y de oponerse con éxito a don Alejandro. Los errores cometidos desde la derecha habían magnificado su figura. Representaba sobre todo un factor tranquilizante para sectores liberales burgueses e intelectuales que creían que mientras aquel «intelectual de la soberbia», como se definió a sí mismo, estuviese en la cumbre del bloque de izquierdas, éstas no retornarían a las vituperables violencias pasadas. No es posible saber si tal opinion estaba bien fundada, pues sobrevino, tras la victoria de la izquierda, una guerra civil en que el propio Azaña quedó cautivo del mismo bloque que supuestamente dirigía.[20] Es una de tantas contradicciones que convierten la Historia de España en una incógnita.

2. Don Niceto Alcalá Zamora, antiguo ministro de la Monarquía no entendió nunca

su cargo de Presidente de la República como una mera representación en actos oficiales. Entendía que la Constitución de 1931 dejaba margen más que suficiente para que pudiera intervenir en la toma de decisiones y lo hizo con frecuencia. En el primer bienio había intentado, con magros resultados, ejercer un poder moderador; inevitablemente llegó a considerar como «suyos» los participantes en el Gobierno provisional y los que inmediatamente siguieron. Entre éstos se hallaba Lerroux, pero en modo alguno estaba dispuesto a admitir a Gil Robles. Siempre que podía, negaba sus peticiones y, en cada gobierno, introducía el nombre de algunos de los suyos como garantía de poseer una fuente de información concreta. Era enemigo de Franco y se mostraba receloso de los nuevos mandos que Gil Robles le imponía.[21]

Como es frecuente en los políticos que se declaran «centristas», Alcalá Zamora temía que se le clasificase en la derecha porque no quería aparecer como retrógrado. De modo que durante todo el año 1935 hizo cuantas concesiones pudo a la izquierda –por ejemplo en la cuestión de los indultos– tratando de separarse de los incómodos radicales y cerrando el paso a la derecha, sin concesiones de ningún genero. El 16 de septiembre de 1935 destapó el asunto del straperlo, un escándalo de escasa monta pero que, convenientemente aireado, tuvo consecuencias desastrosas para los radicales y, contra lo que él esperaba, también para sus correligionarios del centro. Este nombre, que, españolizado como estraperlo, serviría para designar, durante la guerra y después, las prácticas de mercado negro, era la combinación del de dos aventureros, Daniel Strauss y Perl, que habían inventado una ruleta que según ellos era «juego de cálculo científico» que permitía salvar las barreras de la ilegalidad. Pero la ruleta fue confiscada por la policía en San Sebastián y en Formentor, y Strauss, que reclamaba cantidades entregadas como soborno, asesorado por Indalecio Prieto, presentó una denuncia contra un sobrino y ahijado de Lerroux.

Nunca ha podido demostrarse que don Alejandro haya tenido parte directa en este negocio. Por otra parte, en la conciencia de sus protagonistas, todo el asunto se desenvolvía en términos muy moderados. Pero Alcalá Zamora, que había dedicado un gran elogio a Lerroux cuando éste solventó el caso del cabo, llamándole «corazón de gigante y pluma de oro», vio la oportunidad que esperaba para acabar con el viejo jefe radical y abrir camino a sus correligionarios del centro. No había tenido en cuenta la lección alemana, donde el Centrum había servido únicamente como puente para el triunfo del nacional-socialismo.

El Presidente exigió la inmediata dimisión de Lerroux: los radicales organizaron un homenaje a su jefe que Alcalá Zamora consideró como un agravio personal. No hubo posibilidad de reconciliación. Lerroux desapareció de la vida pública mientras el Presidente, al dar cuenta de los papeles de la denuncia, arrojaba sobre el antiguo jefe de los radicales toda la responsabilidad. Lerroux residía en una casa de veraneo en San Rafael el 18 de julio: probablemente fue ésta la razón de que no muriera asesinado en el momento de la sublevación. Huyó a Portugal y desde aquí enviaría una carta de adhesión a Franco, que tampoco la tuvo en cuenta.

3. Al desaparecer la barrera de contención que representaba el jefe del Partido Radical, las disensiones entre Gil Robles y Alcalá Zamora se ahondaron. Tras inútiles intentos de Santiago Alba y Martínez de Velasco, el Presidente pasó el encargo a un experto hacendista, Joaquín Chapaprieta, advirtiendo que si aquel intento fracasaba

no dudaría en disolver las Cortes anticipando las elecciones. Quedaba, pues, bien claro que de ningún modo estaba dispuesto a otorgar a Gil Robles la Presidencia del Gabinete.

Chapaprieta aportaba un plan de lucha contra la inflación y el déficit público consistente en la restricción del gasto, freno de los salarios, contracción en la demanda de bienes de consumo que era muy acertado desde la pura doctrina económica pero que debía traer consigo aumento del paro y descenso del bienestar material. Tal programa, en un gobierno puente, condenado por tanto a no ver ni siquiera su puesta en marcha, resultaba insensato: provocó protestas de funcionarios y trabajadores, víctimas principales del quebranto de los salarios y de esto sólo la izquierda podía beneficiarse.[22]

La CEDA aceptó participar en los dos Gobiernos que, sucesivamente, presidiría Chapaprieta; pero había definido cuál sería su postura. Al término de este puente inestable vislumbraba la toma del poder, con ayuda de los radicales que habían recibido un golpe de muerte. La izquierda reclamaba la disolución de las Cortes, segura de que la votación le favorecería. Poco después del 9 de octubre Alcalá Zamora reunió en su casa a Chapaprieta, Martínez de Velasco y Gil Robles y les entregó la documentación correspondiente al estraperlo. Estos datos comprometedores fueron examinados por el Gobierno el 12 y dieron origen a una comunicación oficial el 18. Todo estaba perdido. En este punto el Presidente de la República se engañaba, pues el escándalo suscitado le arrastraría también en su caída.

[4] Tampoco había ayudas del exterior. Existía en España un partido nazi compuesto exclusivamente por alemanes en relación con la Embajada alemana. Su objetivo era lograr el control de los súbditos alemanes y de sus empresas. El Gobierno español lo sabía pero no parece haberse inquietado por ello; lo mismo estaba sucediendo en otras partes. Contactos entre algunos falangistas y algunos alemanes carecían de significación. Á. Viñas, *La Alemania...*, p. 151 y ss.

[5] Texto completo del discurso se encuentra en *J. A. Primo de Rivera, Obras Completas*, ed. A. del Río Cisneros, Madrid, 1942, p. 342 y ss.

[6] A. del Río Cisneros, *José Antonio y la Revolución Nacional*, Madrid, 1974, pp. 24 y 27.

[7] F. Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 425.

[8] «No hay duda alguna acerca de la falta de energía del Gobierno en el momento de exigir responsabilidades y de hacer justicia». Federico Suárez, loc. cit., p. 397.

[9] El mejor estudio de la cuestión es el de J. Cristóbal Gay Armenteros, *La reforma agraria*, en *Historia General de España y América*, Rialp, XVII, Madrid, 1986, pp. 81-108.

[10] Azaña ha explicado su «rebelión en Barcelona», *Obras Completas*, III, pp. 29-279, como él mismo la llama con ironía. Los historiadores de estos sucesos, a la hora de fijar la posición de Azaña en octubre, muestran su perplejidad: desde luego los socialistas no contaban con él por su liberalismo; pero en modo alguno podía don Manuel estar de acuerdo con Lerroux y su coalición. El procesamiento enalteció su figura dando origen a una corriente de firmas importantes en su favor. A él mismo le irritó, aunque otra cosa pretenda dar a entender y así no tuvo inconveniente en figurar a la cabeza del Frente Popular, convirtiéndose en prisionero del mismo, como dirá más tarde.

[11] J. M.ª Gil Robles, *No fue posible la paz*, p. 228, parece apuntar en este caso a que Alcalá Zamora disolviese las Cortes si él exigía la Presidencia del Gobierno. G. Hills, *Monarquía*, p. 83, dice que temía se entregase el poder a la izquierda. Pero Alcalá Zamora no podía hacer esto último, pues la izquierda no contaba con escaños suficientes. La única opción era disolver las Cortes.

[12] La exposición de sus tareas y forma de vida contadas por él mismo en J. Arrarás, *Franco*, pp. 196-204.

[13] Proceden todas estas notas de los *Apuntes* mencionados, pp. 13-19.

[14] *Apuntes*, pp. 17-19.

[15] Franco pasó este informe al Servicio correspondiente y dio las gracias al general. Hay informe de 29 de octubre y cartas de Franco a Pinillos (5 de noviembre) y de éste a Franco de igual fecha.

[16] Luis Martín Pinillos a Franco el 29 de noviembre de 1935.

[17] Carta del mismo al mismo el 17 de diciembre de 1935.

[18] No podemos detenernos aquí en esta cuestión aunque es importante para comprender las futuras relaciones con el III Reich. Analizadas en Á. Viñas, *La Alemania nazi...*, pp. 98-117.

[19] *Estadísticas básicas de España*, p. 332.

[20] Este párrafo y el anterior son un comentario personal del autor. Ha parecido necesario introducirlo como explicación de ciertas conductas, que tenían mucho de subjetivas. Por otra parte tampoco son originales suyas, sino que proceden de las lecturas de las obras antes mencionadas de Carlos Seco Serrano, Ricardo de La Cierva, en especial, *Historia de la guerra civil española. Antecedentes*, Madrid, 1969, p. 370 y ss., Joaquín Arrarás, *Historia de la segunda República*, III, y, sobre todo, de J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, p. 1.143 y ss., que proporciona observaciones especialmente certeras.

[21] R. de La Cierva en la primera edición de su *Biografía sobre Francisco Franco*, I, p. 396, señaló como una causa más en la tirantez entre don Niceto y Gil Robles el caso del segundo hijo de aquél, Luis Alcalá, que era cabo de Infantería, que al parecer se sentía atraído por una hija y las ideas de Largo Caballero. En octubre de 1934 se le abrió expediente por pronunciarse en Jaca como favorable a los revolucionarios, y en junio de 1935 organizó una suscripción para «los socialistas presos o de otro modo perjudicados por la revolución de octubre». Alcalá Zamora pensó en dimitir pero fue persuadido por el propio Lerroux.

[22] Los Gobiernos de Chapaprieta fueron dos, uno de 25 de setiembre y otro de 29 de octubre de 1935, con una duración mínima, hasta el 9 de diciembre. En ambos figuraron minis-

tros de la CEDA. En su *Memorias*, Gil Robles hizo grandes elogios de este político, que sin duda los merecía. Chapaprieta escribió un libro, *La paz fue posible. Memorias de un político*, Barcelona, 1971, que es como una contrapartida al de aquél; se acusa en él a sí mismo (p. 320 y ss.) de haber tenido excesiva complacencia con Gil Robles. J. Arrarás, *República*, III, p. 200, le acusa en cambio de haberse enajenado el apoyo de la baja clase media. Parecen todas elucubraciones sin base. Un gobierno de setenta días no podía dar nada de sí.

Notas al capítulo 12.